





# *NARRATIVA*



**VERÓNICA GARCÍA RODRÍGUEZ**

COMPILADORA

**MEMORIAS DE MUJERES  
EN PRISIÓN  
*y otros relatos***

**INSTITUTO DE CULTURA DE YUCATÁN**

Gobernador Constitucional del Estado de Yucatán  
C. Patricio Patrón Laviada

Secretario General de Gobierno  
Pedro Francisco Rivas Gutiérrez

Director de Prevención y Readaptación Social  
Raúl López Cárdenas

Director General del Cereso de Mérida  
Francisco Brito Herrera

Director General del Instituto de Cultura de Yucatán  
Arq. Domingo Rodríguez Semerena

Director de Literatura y Promoción Editorial, ICY  
Lic. Óscar Sauri Bazán

Jefe del Departamento de Promoción Editorial, ICY  
C. Andrés Silva Piotrowsky

Director del Centro para el Desarrollo de la Creatividad y la  
Imaginación, Zedík  
Francisco Lope Ávila

**MEMORIAS DE MUJERES**  
**EN PRISIÓN**  
***y otros relatos***

Memorias de mujeres en prisión y otros relatos  
1ª edición, 2006

© Verónica García Rodríguez, compiladora  
D.R. Instituto de Cultura de Yucatán  
D.R. Zedik, Centro para el Desarrollo de la Creatividad y la  
Imaginación.  
ISBN: 968 -781- 54 -7

Por todo: Departamento de Promoción Editorial. ICY.

Fotografía:  
Patricia Martín Briceño

Revisión:  
Lic. Era Evia Ricalde  
Francisco Lope Ávila  
Raúl Rodríguez Cetina

© Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso previo  
de su legítimo titular de derechos.

Impreso en México.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Arqto. Domingo Rodríguez Semerena, director del ICY, al Licdo. Oscar Sauri Bazán, director de Literatura y Promoción Editorial del ICY, y a Francisco Lope Ávila, director de Zedík, por el patrocinio otorgado para desarrollar la primera etapa del Taller de Escritura Femenina que dio origen a este libro.

Al Profr. Francisco Brito Herrera y a la Licda. Karina Pérez Ramos, director y psicóloga respectivamente del Cereso de Mérida, por las facilidades que brindaron para trabajar con las internas.

A todos los escritores que me acompañaron en diversas sesiones y apoyaron con sus visitas, lecturas y comentarios.

Gracias, especialmente, a las internas del Cereso que accedieron a participar en el Taller y a las celadoras que cada semana colaboran amablemente para su realización.

*Verónica García Rodríguez*



**LEER PARA ESCRIBIR;  
ESCRIBIR PARA LEERLAS**

*Sara Poot Herrera*

***De la Sala al Taller sólo hay un trazo***

Es la tarde del sábado 17 de septiembre de 2005. Las fiestas patrias acaban de concluir, pero el tono festivo de esos días y esas noches aún se deja sentir por toda la ciudad. Elena Poniatowska y yo tenemos una cita al sur de la Blanca Mérida. A esa cita no podemos faltar. ¿Cómo decirle no a Verónica García Rodríguez? Aquella chica que en el Teatro Mérida –¿acto de iniciación?– leyó su texto sobre un fantástico vestido rojo; esa joven escritora que poco después –¿acto de decisión?– dedicó tiempo completo a realizar diversas actividades culturales y literarias, que ella misma se ha inventado; esta fundadora –¿acto de vocación?– del Taller de Escritura Femenina, que desde el pasado 8 de marzo coordina y dirige en el Cereso de Mérida sin descuidar sus muchísimas tareas. ¿Cómo

decirle no a Vero, cuando sin nada de insistencia y con mucho de paciencia y decoro nos invita una y otra vez a conocer y a hablar con sus talleristas? Ellas se reúnen los martes, pero hoy es sábado por lo que será sesión extraordinaria. ¡Y vaya que lo ha sido!

Con tarjeta de identificación en mano – que a Elenita nadie la conoce, ¡perdónalos Elena, que sí saben lo que hacen!–, atravesamos una puerta, dos rejas, muchos pasillos. Hay expectativas, también indiferencias. Ya Fita Gual Díaz, quien escribe una memoria entrañable y de entraña en este libro, me había contado sus impresiones; después lo haría Rebeca Montañez Ávila, la autora del personaje de una sola pieza de “Maternidades”. Fita y Rebeca son de la Escuela de Escritores Zedík y, con Francisco Lope Ávila y Verónica García, abrazan este taller de Escritura Femenina, que tiene el privilegio también de oír ecos lopescos y sabe responderlos.

Por el camino al lugar donde será el encuentro nos cruzamos con un grupo de mujeres, y una de ellas nos saluda como si nos conociéramos. Pienso que es la psicóloga, pero no, que Karina Pérez Ramos va con nosotras y vale por todas. Llegamos a un jardín –una especie de oasis que sorprende– y nos metemos a una sala iluminada, de puerta y ventanas abiertas. Las sillas están puestas en círculo, las vacías se ocupan casi de inmediato y sobre el fresco mosaico se sientan quienes

entraron después de nosotras, entre ellas la chica del saludo de hace un rato y quien en un rato hablará, escuchará, cantará, veremos sus cuadros y más tarde –en este libro– leeremos sus relatos.

De izquierda a derecha, de derecha a izquierda cada una se va presentando. No se pasa lista, como todos los días se hizo a las siete de la mañana. Ahora son las cuatro de la tarde y hemos entrado al círculo del Taller de Escritura Femenina. La reunión es de antología, florilegio de relato oral. Cada palabra pesa, se escurre, vuelve, da maromas en el aire, en el recuerdo, en los ojos que se humedecen, que observan.

Unas hablan más, otras menos. La Prieta Rubia habla y pisa fuerte, reflejo de sí misma. Doña Leydi nos invita a la Sala de Lectura, donde siempre estará acompañada. Recuerdo la precisión de Francisca, de ahí su preparación en las ciencias. Isabel Cristina ha forjado su figura y su carácter en la pista y en la cancha. Patricia saca de las mangas de su cuaderno las alas de colores, “mariposas amarillas”. Yeni parece radiante con el brillante sol del cielo sabatino. Zindy es quien nos saludó en el pasillo, es la miss de las clases bilingües (I am, you are, we are women...), quien toca la guitarra y entona a todas las voces del círculo de lectoras y escritoras. Hay más mujeres en la sala: solas, acompañadas entre ellas mismas, miradas inteligentes,

esquivas, de frente; todas con la dignidad y la nobleza del sencillo arreglo para esa tarde.

Poco a poco vamos entrando en confianza, y se ríe, se pregunta, se bromea, se habla en serio. Ha habido flechazo desde el primer momento, amistad a primera vista. Antes de la despedida, nos regalan todo lo que tienen y todo está “hecho a mano”, con la mano que ahora extienden y saludan, con las manos que invitan a los refrescos y ofrecen la servilleta –algunas de esas manos no están en este libro, pero sí en el recuerdo enternecido que les da las gracias–, con el apretón de mano del “nos vemos pronto”. Han ido pasando las horas. Paulita Haro, quien había recorrido los patios, nos llama desde el jardín y clic, clic, toma fotos, que una, que otra por si acaso. Paulaaa, ahora todas con tu mamá, la mera mera petatera de la literatura mexicana, quien se llevó y nos llevó en su tren al corazón de sus escritos.

Empieza a oscurecer esa tarde septembrina. De azul cielo a cielo azulado. La luna, como el sol, se regala en el patio. Creciente, luna llena, luna nueva, menguante, creciente de nuevo... Y el sol cede el cielo unas horas, y como rey democrático mañana llegará para todos y animará el día: “Hoy es martes” y habrá Taller Literario. ¡Aguas con la Vero! Hoy celebran con ella los seis meses de vida del taller. Y vida sí que la está dando, con la sala hermana de lectura. Leer para escribir, y ellas lo saben.

Salimos del Cereso. La sensación es compleja: estamos alegres pero también tristes, estamos fuera pero nos sentimos dentro. Volvemos al centro de la ciudad y volteamos la mirada hacia el sur; ni ángel ni mujer de Lot, ni alas ni sal. El auto se va alejando. Nadie habla pero por dentro nos preguntamos, ¿por qué?, ¿por quién?, ¿desde cuándo y hasta cuándo? Hay más preguntas, con graves respuestas, con buenas, con menos buenas, y sin respuesta. Pienso en otros lugares de encierro: el hospital, el convento... Vienen a la mente los versos de Sor Juana:

*Para el alma no hay encierro  
ni prisiones que la impidan,  
porque sólo la aprisionan  
las que se forma ella misma.*

Aprisionadas y presionadas, hemos de ser hadas -almas- de nosotras mismas.

### ***Pasos aprisionados, trazos apasionados***

Verónica García Rodríguez sabe escribir, pero me parece -y eso que la quiero mucho- que no sabe contar, y este libro es la prueba. Dice Vero que nueve mujeres lo han escrito; con sus textos, el nombre y apellido de la autora (una de ellas pide anonimato). Las leo y, ni más ni menos, cuento diez. Y es precisamente la memoria-relato inicial, llamada

“Presentación”, la que integra a su autora a la ristra completa de autoras de Memorias de mujeres en prisión y otros relatos.

Verónica hace memoria del inicio de su proyecto, de su desarrollo, de los martes en el Cereso. Retrata rostros; traza la tiza del círculo de las talleristas, informa sucintamente de las técnicas del taller. La memoria de primera mano y en primera persona urde relatos e imágenes, que se antojan de ficción. Cuenta Verónica: “Conocí a Clara, quien no sólo comenzó a leer sino a copiar libros enteros... También conocí a Mercedes, una joven de 20 años, que no asistió al taller pero que se escondía en el baño por las noches para leer algún libro de la Sala de Lecturas”. La copia de Clara sigue fielmente el acto de la creación, aunque ella nunca lo sepa. La lectura de Mercedes nos hace imaginar noches de descubrimientos y deleites alejados infinitamente del tal vez sórdido lugar desde donde se lee. Verónica nos ofrece los dos episodios, nos narra fantasías reales, y de este modo su escrito se convierte en un relato más y en la gran memoria de la primera etapa del taller.

Cuando menciono la palabra “memoria” vuelvo al título del libro y me pregunto si los textos que incluye son memorias, al menos si lo son los 10 textos organizados bajo tal subtítulo. ¿Son memorias? Creo que sí, pero ¿lo son todos?: hay cuentos, epístolas, imágenes en espejo; “yo diría que tiene prestancia... Ella ama el silencio, la quietud...”

-dice una voz acerca de sí misma. Vistos a distancia, podrían leerse un día como memorias -inventadas, transfiguradas- pero, me parece, no todos lo son y tampoco tienen por qué serlo. Son huellas, marcas de escritura, incluso alguno de ellos es “memoria del futuro”. Los que son memoria son testimonios desgarradores; los narrados en el cerco del Cereso son testimonios de violencias dobles, por decir lo mínimo y esencial.

Desde el lugar y el tiempo presente - violentos por su condición- se narran historias desgarradoras del pasado. Allí, una quisiera que dichas y desdichadas memorias sólo fueran de papel y no de vida, que fueran una ficción, una invención que se acaba cuando se acaba de escribir y de leer. Pero no es así. Son memorias escritas en la pared, en el muro de la soledad que divide el hoy y el ayer que se memoriza, y ese ayer es triste, doloroso, violento, violentísimo. No he leído aquí -me parece- una memoria, digamos feliz (“finjamos que soy feliz, triste pensamiento, un rato”), digamos amorosa, pero sí deseos profundos, sinceros, dichos llanamente, “me gusta... me disgusta... quiero... no quiero ser olvidada”.

Algunos de los relatos, pienso en dos que sí son memorias, es el dolor infantil -niña mía- ante la muerte del padre -“las esferas de colores se estrellaban en el piso, se partían en múltiples pedazos, igual que yo”- y es la desgarradora relación -niña nuestra- entre una madre llena de odio hacia la hija que

cuenta la historia. Esos otros tiempos de esas memorias, como esta última, no son ajenos – ¿lo son?– ni casuales a un lugar llamado Cereso. Léase como se lea, no hay autoengaños, sí, decepción, resentimiento, y también hay esperanza, agradecimiento –“doy gracias a Dios por haberme dado un padre como el Gran Payaso Bellini”; ilusión, sabor de mañana –“sólo espero que cuando regrese todo haya cambiado”; sueños, a pesar de todo y que dieron fuerzas para escribir una carta a la madre –“hacia tiempo que no soñaba de esa manera”; optimismo, también a pesar de todo, cuando se escribe a la hija –“respiro una y otra vez el aire de la mañana”.

Los cinco relatos de la segunda sección y alguno que otro de las “memorias” son ficción, realismo mágico, realismo sucio, atisbos de literatura fantástica –“calentará el agua que chillará, chillará mientras hierve”–, ecos de lecturas, de otras literaturas. Sobre estas modalidades se cuenta, se inventa, la imaginación se desata, despierta el odio, se desenfrena la violencia sexual, antropófaga. En la imaginación tiene cabida también la metamorfosis de los personajes cara al deseo de la huida, de la liberación; de allí que se conviertan en sirena, en caballo, en pájaro, en un animal roedor...

No sólo en la metamorfosis del personaje surge el invaluable deseo de libertad de la autoría –de las autoras–, sino también en el acto pleno de la escritura: “Utilizo mi soledad

para crear mundos insólitos, historias que se filtran a través de los muros que me rodean... sigo el rastro de mi pluma, que cada día constituye el camino de mi libertad". Cabe mencionar en este breve apunte el vital gusto, regusto por el cuerpo, la inclinación perfecta al erotismo, al deseo del personaje femenino, que vive y es libre y libera el cuerpo; del que se libera y del que también asume su elección al poner un dique a la voz tradicional, "renuncié a ser apreciada como una prodigiosa copiadora Xerox".

En las quince historias de Memorias de mujeres en prisión y otros relatos, se nota (sin notarse claro) el trabajo del taller literario. Un ejemplo es el uso del lenguaje, el experimento –"salvos" se sustantiva–, sus metáforas, sus símiles –"la arena, como piquetitos de miles de agujas"–, su sencillez, sus imágenes, "en cada estrella te veré sonreír", "sólo escucho la sinfonía de los grillos y los zumbidos del ventilador". También hay líneas tensas y amenazadoras –"rompo un envase de café y salgo..." y en las líneas predomina un léxico carcelario, una sintaxis de historias encerradas, una semántica de episodios no concluidos, como es la propia vida y la creación. Que en pleno trabajo con la escritura haya "interrupciones para atender asuntos de su proceso" lleva a pensar en los milagros de la fe de quienes escriben y de quienes hacen que los demás escriban, como aquí en esta ronda por donde circulan las letras.

A la par de ese milagro –y con la estricta existencia del “sacapuntas, papel, fotocopias”– existe algo que puedo llamar la estética de lo mínimo construida con el máximo trabajo conjunto de su coordinadora, sus dos invitadas de honor (honradas con la invitación) y las talleristas literarias del Cereso. Ya la recepción de los textos reconoce la creación ficticia: nada menos que el José Revueltas para los rompecabezas de esa pieza que los junta y los celebra en la mesa de la creación de “Bon appétit”.

A las mujeres que aquí escriben no las pienso sólo en el Cereso, sino como en una especie de cerezal. Todas ellas –las cien, las veinte del taller, las siete del libro– son madera de un árbol de tronco terso, de muchas ramas y de “copa abierta, hojas ásperas lanceoladas, flores blancas”, que este taller ha planteado y plantado en el jardín.

Dice Elena Poniatowska que el destino se encarga de todo, de todos. Rosario Castellanos clama su “otro modo de ser humano y libre”. Con la lectura y la escritura se construye sin duda ese “otro modo de ser”. Verónica y sus cerezas en flor del Cereso de Mérida lo saben, lo están haciendo trazo a trazo –en medio del tedio, de las lentííísimas horas que a veces se aceleran y por fortuna se intensifican, se acortan– en su Sala de Lectura y en su Taller de Escritura Femenina.

## **PRESENTACIÓN**

*Verónica García Rodríguez*

Nunca antes había estado en la cárcel hasta la noche del 8 de marzo de 2005. Con el mismo impulso con el que caminé por los pasillos de paredes blancas que conducen hacia el área de mujeres, pasando reja tras reja, y con la zozobra de lo desconocido, decidí dar forma a la idea que en mi mente se había gestado meses atrás: Un taller literario para mujeres.

Invitada a la cena del Día Internacional de la Mujer, que la institución preparó para las internas, no vi mejor momento para dar la noticia a todas las mujeres que ahí celebraban. El taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida inició con veinte alumnas, unas se fueron, tanto del taller como del Cereso mismo, y otras más llegaron. Algunas de ellas son las autoras de los relatos publicados en este libro. Algunas nunca han estado físicamente presas, otras están intentando reincorporarse a una sociedad que no olvida y

otras más esperan conocer el fallo del juez o que las autoridades revisen su caso.

A lo largo de este año de trabajo, cada martes pude ver rostros de mujeres inolvidables y oír relatos que no se escribieron y que tal vez nunca se escribirán. Conocí a Karina Pérez Ramos, psicóloga del Cereso, quien no desistió nunca en apoyarme con las gestiones necesarias, y a las internas Leidy Tamayo quien se hizo cargo de la Sala de Lectura; Carmen Gómez “La Prieta”, que de prieta no tiene nada, rubia y estoica; Zindy Abreú, una de las mujeres mas libres que conozco; Isabel Manzanilla, de voz quedita; Francisca Escalante, tan controvertida. Conocí a Clara, quien no sólo comenzó a leer sino a copiar libros enteros, ya que el daño causado por la larga adicción a las drogas no le permite crear. También conocí a Mercedes, una joven de 20 años, que no asistió al taller pero que se escondía en el baño por las noches para leer algún libro de la Sala de Lectura mientras sus compañeras de cuarto dormían. Hoy, la Sala de Lectura, que inició por la necesidad de leer para escribir, cuenta con 350 libros y Mercedes ya no está en la cárcel.

Rebeca Montañez y Josefa Gual, alumnas de la Escuela de Escritores Zedík, en una de sus visitas decidieron incorporarse al taller a pesar de no ser internas. Encontraron un tiempo y espacio de total libertad para hablar, discutir y crear en torno a la mujer.

Las sesiones del Taller de Escritura Femenina las realizamos sentadas en círculo en el salón de usos múltiples de área de mujeres. Las participantes desarrollaron su creatividad y su imaginación escribiendo textos fantásticos, conocieron algunos recursos narrativos y dieron forma a la necesidad de escribir sus experiencias. Compartimos la satisfacción de dar forma a una idea, las picardías que se sólo se dan entre mujeres, los efectos que produce la información periodística distorsionada sobre las condiciones del Cereso, las dificultades para obtener algún material para escribir: Sacapuntas, papel, fotocopias y las interrupciones para atender asuntos de su proceso.

En el taller recibimos las vistas de algunos escritores como Elena Poniatowska y la Dra. Sara Poot, quienes aceptaron ser madrinas del Taller de Escritura Femenina y la Sala de lectura.

Las talleristas participaron en los concursos nacionales de cuento José Revueltas y de poesía Salvador Díaz Mirón 2005, que convoca la Secretaría de Seguridad Pública y CONACULTA. Zindy Abreu Barón ganó el segundo lugar en el Concurso Nacional de Cuento José Revueltas 2005 con el cuento Bon Apétit. El 12 de noviembre, Día Nacional del Libro, Zindy Abreu salió de la cárcel por unas horas invitada por el Instituto de Cultura de Yucatán para leer su cuento en la cena

“Aniversario de la Libertad, 400 años de El Quijote”.

Ahora comparto con ustedes la alegría de poder publicar y difundir este trabajo que nos pertenece a todas las mujeres.

*Memorias de mujeres en prisión y otros relatos*, compila textos escritos en la primera etapa del Taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida, que muestran las prisiones en las que estamos o podríamos estar.

Las mujeres en prisión, no son sólo son las nueve mujeres que escriben en este libro, ni las cien que integran la población del Cereso de Mérida, sino todas y cada una de las mujeres que caminamos en este mundo. Las prisiones varían en su dimensión, en su constitución, en su origen, pero todas ellas oprimen y dirigen nuestros pasos.

Todas las mujeres somos presas de nuestras propias prisiones. La cárcel es sólo un reflejo de lo que somos. Es una caja china que tiene la función de hacer cumplir la pena corporal que marca la ley para quien comete un delito; sin embargo, cada una de las mujeres ahí recluidas lleva consigo otras prisiones que no marca la ley, una dentro de la otra, que hace que la pena que cada una cumple sea tan particular como lo es una mujer de otra.

El miedo, los prejuicios, la sumisión, la ignorancia son sólo algunos matices de las condenas que la sociedad, las creencias y nosotras mismas nos hemos impuesto.

Este libro es un testimonio de mujeres todas dedicadas a diferentes oficios: escritoras, policías, circenses, comerciantes, traductoras, sexoservidoras, amas de casa, estudiantes, que, unidas por el hecho de ser mujeres y la satisfacción de crear, decidieron mostrarnos sus prisiones.





Yo soy... Mujer ♀. Compleada, creativa,  
positiva, amo a quien me ama... a los  
demás los comprendo. Inquieta ♀💡.  
Me gusta Vivir! soñar, inventar todo  
lo dice la persona que quiero ser,  
me destruyo y me construyo en 3  
días. Amo intensamente ♀ todos los  
días amo a Dios, a mis hijos, a la  
naturaleza, a mis amigos, a mi pareja  
y en especial a mi misma. ME adora  
ocoro! jajaja. ME gustan los retos  
más en mí que en lo que me rodea.  
Pinto, canto, siento, sueño, escribo,  
leo, bailo, oro, hago el amor...  
Simplemente Vivo ♀.

No hay límites para el pensamiento  
no hay límites para ser feliz,  
no hay límites para amar,  
no hay límites para la libertad...  
Solo decídeté!! Ahora!.

## **DEFINICIÓN**

*Zindy Abreu Barón*

La mujer tiene el infierno entre sus pechos, el purgatorio en lo hondo del ombligo y la puerta al cielo entre sus piernas, por donde sólo entran los salvos que ella glorifica con vida eterna, sin importarle el tamaño de sus pecados.



## LO QUE NO SABES DE MÍ

*Zindy Abreu Barón*

Son las seis de la tarde. Falta un mes para diciembre de 1994. Aquí en Villahermosa, todo el año hace calor. Nuestros hijos se refrescan con el agua de la manguera. Sentada en el jardín de la casa de tus padres espero tu llegada. Estaremos juntos para asistir a la boda de tu hermana.

Llegas temprano. Tus maletas esperan en el carro. Te acercas y me dices: ¿Te quedas o te vas conmigo? No entiendo nada, ¿por qué tengo que irme? Después de un beso fugaz te das la vuelta y te vas.

El día de la boda llegó. La catedral, vestida de nube y gladiolas, recibe a la novia. La gente voltea emocionada. Los violines callan mi angustia. Nuestros hijos Alexy, Fran y Érika caminan esparciendo pétalos por el pasillo. Volteo una y otra vez hacia la puerta esperando que aparezcas, camines hacia mí y con tu sonrisa de dientes perfectos me digas: Todo está bien. El agua bendita salpica mi rostro.

Los niños, inquietos. Cierro los ojos y pido verte.

La ceremonia termina junto con mi oración. Los novios salen de la iglesia, felices. Los niños y yo vamos detrás de ellos. En el atrio la gente felicita a los novios, les desea amor eterno, como el que tú y yo nos juramos un día.

Confundiéndose entre los invitados, unos hombres se acercan a mí, arrancan a Fran de mi lado, me sujetan los brazos. El miedo me paraliza. Sacan sus pistolas, apuntan a todos lados. Todo es confusión, gritos y pánico. Buscan algo o a alguien entre la gente. El sacerdote se acerca, indignado intenta rescatarme. Ellos lo empujan. A punta de pistola, me obligan a entrar a un carro de ventanillas polarizadas. *¿Dónde está tu marido?*, escucho. Ahora sé que es a ti a quien buscan.

El carro en el que voy y dos más nos alejan de la iglesia. Uno delante y otro atrás. En el de en medio, yo y cuatro policías judiciales. Volteo y miro cómo la boda y nuestros hijos se quedan atrás llorando.

Viajamos de noche por la carretera de Villahermosa a Mérida, la ciudad donde nací. Los cuatro policías judiciales que me acompañan visten chalecos antibalas. En el carro vamos dos adelante, tres atrás. Yo voy en medio de esta pesadilla.

Nos detenemos a media carretera. Algunos se bajan, cambian las placas, sacan más armas de las cajuelas. Me miran con odio. Escucho que dicen: Cuiden a esa hija de puta, no se nos vaya a pelar. Se suben, arrancan de nuevo.

Manejan rápido, tan rápido que pienso que pronto nos saldremos del asfalto. El viaje es largo. Tengo sueño. Voy cabeceando. Me clavan sus codos en mis costillas, golpean mi cabeza.

No entramos a la ciudad, se meten a toda velocidad por una vereda polvorienta hasta una hacienda en medio de la nada. Me bajan a empujones, me jalan de la ropa, me llevan a un cuarto. Sólo veo una silla en el centro, debajo, una botella de agua mineral y junto a la silla una lámpara. Les pregunto por qué me traen a este lugar. Cierran la puerta. Siento como si las paredes de este maldito cuarto me aplastaran. Afuera escucho las pisadas de sus botas, puertas que se abren, se cierran, olor a cigarro, risas, voces de hombres y palabras agresivas que retumban en mi cerebro. Mis piernas me tiemblan, me derrumbo en el suelo, tengo frío, pronuncio el nombre de mi madre. Me vence el sueño.

La puerta se abre de golpe, despierto, me levantan de un puntapié. Me sientan en la silla. La luz de la lámpara ciega mis ojos. Me preguntan dónde estás, con quién te fuiste, qué carro tienes, y mil preguntas más que no comprendo. Yo sólo sé que tengo sed, tengo

hambre. Mi estómago gruñe tan vacío como la esperanza de volver a verte. Uno de los policías se desespera, me golpea en la cara. No los veo, sólo escucho no le dejen moretones en el cuerpo.

Por las noches me sacan al monte, me llevan caminando, me empujan de la espalda, de las nalgas. Se burlan. Me avientan al suelo entre hierbas, sangre y piedras. Mis gemidos espantan a los pájaros. Me arrastran del pelo sobre la hierba. Con la punta de sus botas patean mi vientre, mis costillas. Uno de ellos dice dile a esa hija de la chingada que diga dónde está su marido o aquí mismo la vamos a enterrar. Tiemblo de dolor y miedo. Yo también me pregunto dónde estarás.

Ya no puedo más. Mis ojos están hinchados, mis labios resecos. Entre golpes e insultos, ahí en medio del monte firmo unos papeles en blanco.

Después de ocho días me dejan ir. Sueltan la carnada para atrapar la presa. Son hábiles cazadores.

Es Navidad. La casa huele a olvido. Los niños duermen. Sentada frente a la mesa vacía, me pregunto una y mil veces dónde estarás. Se escucha en la calle a los vecinos festejar, El baile del perro y música de Garibaldi. Cansada de llorar, reclinada sobre la mesa me quedo dormida. Las doce campanadas pasan sobre mí como una sombra. Escucho como disparos y despierto sobresaltada, camino hacia la ventana. Casi puedo verte correr

acercándote a la casa. Los muchachos felices estallan bombitas y petardos. No eres tú. Con la espalda pegada en la pared, me escurro hacia el suelo.

Ante el acoso de los judiciales, mi familia decide que me aleje de Mérida por un tiempo. Repartirán a mis hijos como barajas en un juego. No lo permito. Subo al avión con destino a Monterrey con Fran y Érika en cada mano.

Cargada de pañales y biberones me encuentro en una ciudad que no conozco. La persona que prometió ayuda me da la espalda. La muerte de Selena ocupa los titulares en las noticias, y de mí ¿quién se ocupa?

Decido quedarme, rento una casa y cada mes hablo por teléfono con mi madre. Me pide que aguante un poco más. Por las mañanas vendo libros de puerta en puerta, por las noches soy mesera en un restaurante. Llora un día sí, otro también. Te busco en los rostros de las personas que caminan por la calle. Imagino que al volver a casa, cansada, te encontraré esperándome.

Cinco años después, los niños te extrañan y yo te sigo amando.

Son las cinco en punto de la tarde, faltan dos días para el nuevo milenio. Peino el cabello dorado de Érika. Tocan la puerta. Son ellos. No pudieron encontrarte. Vienen por ti y de nuevo me llevan a mí.

Han pasado once años desde que empezó mi pesadilla. Seis años desde que llegué de Monterrey escoltada por más de diez judiciales. Entre una lluvia de flashazos, alboroto y reporteros, me trajeron esposada a este lugar. Me faltó valor para defenderme. Con la mente en blanco, derrotada por el mundo, me juzgaron y sentenciaron a pagar por lo que a ti te corresponde.

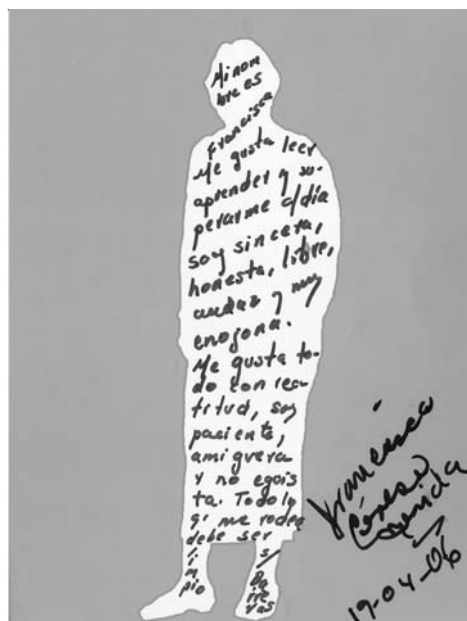
Ahora todo es diferente. Hace seis años que construyo mi vida a partir de este encierro. No te odio, pocas veces pienso en ti. Utilizo mi soledad para crear mundos insólitos, historias que se filtran a través de los muros que me rodean.

Por las noches, cuando el candado se cierra, ya no te busco. Mi cuerpo se extingue, mi alma flota por los jardines, siempre por el mismo lugar. Recorro mis huellas en la oscuridad, reconozco cada piedra, cada logro. Perfecciono mi camino. Busco metas. Los gritos de alerta de los guardias en las torretas me hacen volver a mi celda, a mi realidad.

A la luz de una vela se encienden mis fantasías. Mis manos pasean por mi piel, ya no te espero. Dibujo con gotas de sudor el contorno de un nuevo cuerpo. Para mí ya no existes.

Hoy por fin amanece. Me levanto y sigo el rastro de la tinta de mi pluma, que cada día constituye el camino de mi libertad.





## A MI QUERIDA HIJA LITZIE

*Francisca Escalante Solís*

Desde donde estoy recluida recuerdo que afuera me esperas. Cuando salga a la calle y vea el cielo, en cada estrella te veré sonreír, pero por ahora me está vetado. No deseo pasarme la vida aquí, deseo volver a formar parte de ese mundo que también es mío, andar libremente por sus calles, avenidas y barrios.

Entre estas cuatro paredes, en este cementerio de vivos, veo pasar las horas, los días y los meses; ya no tomo nada a mal ni me quejo. Aquí todas hablan de todas, los chismes se multiplican, pero realmente nadie se mete con nadie. Así es la vida aquí, es el principio del placer: La convivencia en la cárcel.

Los escándalos se olvidan y las vergüenzas pasan tarde o temprano. Las internas van y vienen; la vida sigue, no se detiene. Ya no hay nada nuevo que contar. Nadie es inocente para las autoridades, y si alguien lo fuera sería una taruga. Nos miramos cada día desde que alumbra el sol hasta que

la noche cubre todo con su sombra fría y oscura. Cómplices sonreímos entre nosotras.

Por la noche, acostadas en nuestras camas de piedra, escuchamos los sonidos de sirenas; podrían ser de patrullas o ambulancias, se parecen tanto que no sabemos diferenciarlas. Qué horrible sonido. Me aterra pensar que algo malo pueda pasarte estando lejos de mí y que sea yo la última en saberlo.

A veces me alejo del grupo con el que convivo, veo de nuevo la tristeza que nos rodea. Lo que antes me parecía un mundo muerto, ahora ha adquirido otra fisonomía: Aquí viven mujeres que mueren mucho antes que cualquier otra persona. Por primera vez me siento mortal y pasajera, de mí solo queda una mujer común y corriente. Creo que aquí estoy fuera del mundo.

Cada vez que llega la noche veo una sombra que aparece, se perfila y avanza hacia mí. En silencio, me saluda. Me quedo enmimismada sin saber que hacer. Creo que esa sombra me cuida, su propósito es guiar mis pasos. Escucho los suyos alejarse y todo queda en absoluto silencio. Percibo movimientos rápidos en las otras celdas, gemidos, gritos de dolor, risas, rezos. Así transcurre la noche.

Empieza a aclarar, me levanto un poco antes de las seis y siento que la luz me reanima. Al salir de mi celda respiro una y otra vez el aire de la mañana, levanto la mirada,

veo volar los pájaros. Pienso si algún día tendré la fuerza suficiente para volar como ellos.







NO HAY ESPACIO EN ESTO ES MUY PEG  
UNO PERO AL FIN ES UN BOLA  
LUGAR VERDAD MI SOMBRA ES  
BELLA DESCRIBO BES MUCHAS CO  
SAS, ME GUSTO SOY  
ESPECIAL DIFERENTE  
PERO ME GUSTO, TENGO  
POCO TIEMPO QUE ME  
DESCUBRI PERO SIEMPRE  
ESTUVE AHI SILENCIOSA  
A VECES, MUCHAS MAS REBELDE  
RIGIDA O RECTA PERO SIEMPRE  
CASO ES LO MISMO NO SE, PARA  
SUBLIME, ADAMI INTENSA Y NADA  
LOS AMIGOS TAN RABOSA DE LAS  
LOS NECESITO PORQUE  
AH SABES SOY RA PODER VIVIR  
SIEMPRE MIRA MUY BASTA Y CASI  
TIENE ALGO DE ESTADO AERIANO  
MI ES CUESTION NADA, NO, PARA  
DEL OTRO MUNDO. DE ALGUN NADA  
CARMEN  
19 ABRIL 2006

## CARMEN

*Carmen Gómez Lavín*

Ahí va, sale temprano como todas las mañanas; es alta, con su cabello largo y de color rubio, su piel es morena, parece que toma el sol en la playa. Camina con paso firme, es elegante, no es gorda ni delgada, yo diría que tiene prestancia. Es elegante, viste traje sastre en azul y negro, zapatos de tacón muy altos que la hacen ver altísima. Su rostro tiene rasgos afilados a pesar de su complexión grande, ojos brillantes y expresivos, nariz recta, boca regular. Sale siempre maquillada, no mucho. Viste falda que deja ver unas piernas más o menos formadas, nada del otro mundo, pero a mí me parece muy sexy y guapa, sólo que nunca se puede hablar con ella.

Siempre sale de prisa y sube a su vehículo que en seguida pone en marcha. Cuando regresa y quiero hablarle, responde mi saludo muy seria. No da pie a seguir la plática. Me parece que no quiere hacer amistad con nadie.

Ella ama el silencio, la quietud, la limpieza, la honestidad. La tranquilidad de las buenas amistades y una buena conversación. Gusta del queso, los espárragos y el vino rosado; la ópera de Caruso, aunque el disco tenga defectos de audio, también La camisa negra de Juanes y alguna nueva canción cuyo nombre no recuerda, mucho menos la letra.

Le agrada estar en casa y que la visiten. Tiene pocos amigos pero muy especiales, admira sus virtudes, no les encuentra defectos y si los hay, los justifica. Los escucha embobada y si saben más que ella, aprende, siempre aprende de ellos.

Hoy, se encuentra en un mar de confusiones. La justicia se ríe de ella, todo es mentira, una pesadilla. Piensa y espera que algún día termine. Los gritos, los ruidos están a la orden del día. La concentración no llega. La compañía en la habitación la atosiga y la traiciona. Los gritos de las custodias, las risotadas de sus compañeras. Son mal agradecidas, ella las ayuda sin fijarse, ellas esperan que se descuide. Todas piensan que tiene dinero, que tiene poder. Ninguna es leal. Son malas, traicioneras, sucias, descuidadas, vacías, pero a veces se siente igual que ellas. Sólo la sostiene la esperanza de que algún día se vaya de aquí.



CERZO MIRADA  
Yuc.  
18-4-06



LIEGE AQUI  
COMO PAJARO  
HERIDO  
CON LAS ALAS  
ROTAS  
Y EL POCO  
ORGULLO  
ARRASTRANDO  
POR EL SUELO.  
HOY MIS ALAS  
~~SON~~ ~~HERIDAS~~  
HAN SANADO  
Y MI ORGULLO  
ESTA TAN ALTO  
COMO EL VUELO  
QUE PIENSO  
EMPRENDER  
GRACIAS A DIOS  
TODO FUE UN  
SUEÑO DEL QUE  
PRONTO DESPERTARÉ  
PATY.

## **RISAS Y VOCES**

*Patricia Hernández Ortega*

El sol entra por las rendijas de mi celda. Es hora de pasar lista. Me levanto, me lavo la cara, los dientes. Es un día como cualquier otro. Aquí no pasa el tiempo, pareciera como si de repente el mundo se hubiese detenido. Pero no es así. Lo sé por la televisión, la radio, pero esta es mi realidad y me tengo que sujetar a ella.

Sabía a lo que le tiraba, ahora tengo que aguantar, pero es imposible dejar de oír la risa de alguien que seguramente me quiere agarrar de barco. Sé que si hago algo, me castigarán; trato de calmarme, pero ya son demasiadas risas y siempre he dicho y sostenido: Yo no nací para ser burla de nadie.

Rompo un envase de café y salgo. Se apaga la risa y la cara de la persona que según yo me había agraviado está pálida y pide que le explique mi comportamiento.

Me controlo y vuelvo a mi celda, trato de rezar, pero dentro de mí escucho una voz que me dice: *Ya vas a empezar con pendejadas, se burló de ti, déjate de mamadas, dale en la madre.*

Es imposible rezar, esa voz me hace sentir idiota. A lo lejos vuelvo a escuchar la risa. Salgo de nuevo y busco un palo, lo pongo en la estufa, lo dejo diez minutos en el fuego para que se haga leña, lo retiro y voy otra vez sobre la misma persona. La quiero quemar.

Nuevamente alguien se interpone diciendo que ella no se ríe de mí. Pero yo estoy segura que sí, y esa maldita voz burlándose de mí... que si no sirvo para nada, que lo haga, que me valga madre todo. Sí, le contesto, pero esto es una prisión ¿Para dónde huyo? Siempre he lastimado y también me han lastimado.

Mi voz se enronquece por la ira, las internas piden mi traslado al psiquiátrico, es algo que agradezco. Sé que tantos golpes y drogas son el origen de mi padecimiento. Sólo espero que cuando regrese todo haya cambiado.





## MATERNIDADES

*Rebeca Montañez Ávila*

Todavía recuerdo aquella cita. Fue hace diecisiete años en un tranquilo restaurante de comida china, adecuado para la plática serena. Cuando mi hermana llegó, yo la esperaba en un rincón.

Con sólo verla, advertí su mirada luminosa. Supe que algo importante estaba pasando. Después de un intercambio de frases sueltas, la noticia:

-Rebeca, quiero compartirlo contigo: Voy a embarazarme. Lo deseo. Quiero ser madre y no me importa si Raúl permanece a mi lado o se va.

Me quedé muda por unos segundos. Sólo un par de años mayor que yo, recién había cumplido mi hermana los veintinueve. Me impactó su revelación, su determinación.

No me escandalicé, no irrumpí con reprimendas morales, solamente la escuché. Hablamos de nuestra preocupación común: Nuestra madre. Sabíamos que no lo tomaría

con calma. Su forma de ser complicada, tradicional, prometía un conflicto. Luego hice un recuento de los puntos que mi hermana tenía a su favor: Era una mujer independiente, con un trabajo, casa propia y solvencia económica. Todo esto, al menos, era suficiente para afrontar el cambio de vida que se acercaba.

Mientras ella hablaba con entusiasmo, yo hacía esfuerzos para atender sus palabras, sonreía por inercia, bajaba la mirada y la situaba sobre el pequeño arreglo floral en el centro de la mesa, volvía a mirarla a ella, luego a mí misma, pero una vieja angustia regresaba a mí.

No podía evitarlo. Me encontraba en esa mesa hablando con aparente tranquilidad del tema que siempre me había perturbado: La maternidad.

A mí no me seducía la idea de embarazarme, idea que nunca me atreví a rechazar en público, pero que a solas me producía una enorme carga de culpas y confrontaciones. En forma casi instintiva, sentía que ser madre era un suceso no contemplado para mí.

Con desgano, me dispuse a comer cuando el mesero trajo los platillos de la comida china. Continuamos hablando de su maternidad y otras cosas. Nos despedimos con un beso.

De vuelta a casa, la vieja angustia seguía perturbándome.

En el trabajo, las compañeras, mujeres mayores y menores a mí, siempre hablaban de su deseo de tener familia, hijos, de afirmarse como mujeres productivas y amas de casa.

Aquello me parecía absolutamente lejano. A diferencia de mi hermana, contaba con un salario limitado, vivía en casa de unos familiares y a duras penas podía hacerme cargo de mi misma. Pensaba que esta inseguridad y mis inestables relaciones de pareja me habían llevado a renunciar a la maternidad. En realidad, no había encontrado a un hombre que me motivara a establecer un vínculo más profundo que el solo deseo de ser madre.

Mi mundo tembló cuando por primera vez expresé mis dudas sobre mi instinto maternal. Por unanimidad fui censurada, tildada de narcisista, falta de valores morales y un larguísimo etcétera. Pensaba: No soy una profesional exitosa, sujeta a viajes de negocios, estudios de alto nivel ni nada parecido. Se supone que esa sería una buena justificación para aplazar ilícitamente mi maternidad. El mentado narcisismo no lo encontraba por ningún lado. Y vuelta a la culpa y el desencanto.

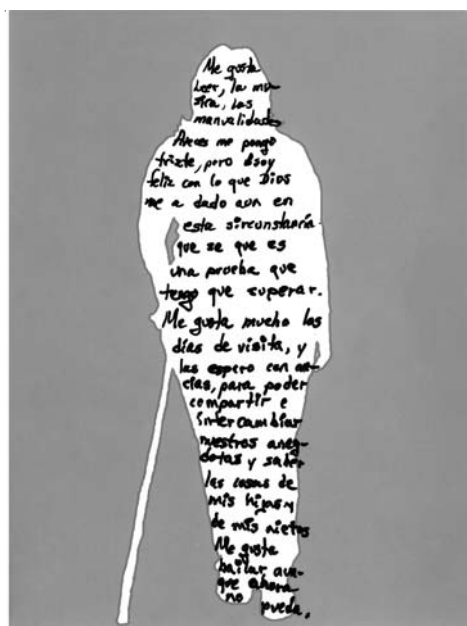
Entonces opté por callarme. No volví a tocar el tema, no al menos con extraños. Yo no quería usar a una criatura como garantía ante la soledad, mucho menos como un salvoconducto de socorro en mis días postreros. La vida que llevaba me satisfacía o

al menos, por el momento, no deseaba cambiarla.

El tiempo pasa, su andar medurado es constante y nos arrastra. Hoy, con cuarenta y cuatro años de edad, mi patrón de vida ha sufrido cambios menores. Sigo soltera. Mi vida sentimental ha sido un collage de emociones. Mi convicción se ha mantenido: No tengo hijos. Mi vientre no fue ni es ni será fecundo. No lo ha sido por enfermedad, tampoco recurrí a un bisturí para evitarlo. Ha sido por elección.

Nada ha cambiado en el entorno, de la misma manera me alegra que nada haya podido cambiarme a mí. Yo renuncié a ser apreciada como una prodigiosa copiadora Xerox.





C.E.R.F. 30. Mérida . 19-Abril-2006.  
Lucha Cristina Manzanilla Sánchez .

## EL GRAN PAYASO BELLINI

*Isabel Cristina Manzanilla Sánchez*

*A mis hijas*

Nací el veintisiete de julio de mil novecientos sesenta y ocho. Mi nombre es Isabel Cristina Manzanilla Sánchez, pertenezco a una familia circense. Soy contorsionista desde los cuatro años.

Mis primeros años los crecí al lado de mi madre y mi padre, el payaso Bellini. Mi madre también trabajaba, por eso casi no estaba en casa. Yo me quedaba con mi abuela.

Cuando cumplí ocho o nueve años, no recuerdo bien, celebraron mi cumpleaños en el circo.

Después de la fiesta, jugando busca-busca, corría y gritaba con mis amigas. Mi madre, enojada, volteó a verme. Se levantó de la silla donde estaba, caminó hacia a mí y me jaló del cabello. Me empujó. Yo me golpeé la boca con una cubeta de metal y se me cayó

un diente. Otro más quedó colgando de la encía lastimada.

Mi madre me jaló del brazo, me llevaba a buscar una pinza, pero un grito de mi padre la detuvo. Una de mis amigas le había dicho. Mi padre, que nunca gritaba, le dijo que no se sacaban los dientes así. Él se inclinó para abrazarme, y yo lo esperaba. Sólo sentí la presión de la mano de mi madre en mi brazo. Me indicó que me alejara. Mi madre siempre me decía que no aceptara los abrazos de mi padre. Para ella, todo lo que él y yo hacíamos estaba mal.

Me golpeaba mucho si a la comida le faltaba sal, si ya se le había hecho tarde, si la casa no estaba arreglada y hasta porque mi hermanita se caía o lloraba.

Un día, en casa de la abuela, mi padre llegó durante una de las palizas y preguntó:

- Pero, ¡por Dios!, otra vez. ¿Qué haces con la niña?

La abuela detuvo a mi madre y le dijo:

- Así no se trata a una niña. No es un animal.

Mi madre se enojó mucho y respondió:

-Cállense. Esto no es posible. Tú, mamá, no te metas. Y tú -dijo a mi padre-, ¿qué tanto la defiendes si ni siquiera es tu hija?

Él sé quedó callado, me miró y por primera vez, que yo recuerde, lloró. Me dolió más que la zapatiza que me había propinado mi madre.

El día de mi primera menstruación fue él quien me explicó cómo debía cuidarme. Mi abuela me puso una inyección para el dolor y él me abrazó hasta quedar dormida.

Mi padre se fue con el circo Atayde. No sé con certeza por qué, sólo se despidió de mí.

Mi madre me sacó de la escuela para casarme con un hombre que yo no conocía. Me casé. Mi padre nos visitaba de vez en cuando, sólo así pude platicar con él. Quiso mucho a mis hijas.

Me dolió mucho saber de su muerte. Sólo doy gracias a Dios por haberme dado un padre como el Gan Payaso Bellini.







## **ANTES DE NAVIDAD**

*Josefa Gual Díaz*

Perdida en un mundo diferente al que hasta entonces había vivido, una fuerza extraña me empujaba a un despeñadero. Yo luchaba para no caer. Mi mente infantil no alcanzaba a creer lo que estaba sucediendo. El doctor está muerto. Murió el doctor Gómez, repetían las voces de la gente como un eco interminable que me aturdían y me lastimaban. Faltaban tres días para Navidad.

Desde ese momento me enojé con Dios. No escuchó mis rezos de todas las noches. Las amigas de mi madre que preparaban el velorio me parecían cómplices de esa fuerza extraña que me hacía sufrir. Tenemos que quitar el árbol de Navidad. Las esferas de colores se estrellaban en el piso, se partían en múltiples pedazos, igual que yo. Los rogado por su alma lastimaban mis oídos como un zumbido de abejas.

La realidad me aplastó. No volvería a oír la voz de mi padre. No sentiría sus manos entre mis cabellos en las noches de pesadillas. Sí, aquí donde estaba el árbol de Navidad vamos a poner las coronas, las velas. Y en medio de la sala esa caja gris y adentro, el cuerpo sin vida de mi padre.



Soy espiritual  
Ansiosa  
Tranquila  
alago  
ano a la persona  
por lo que se y no  
por lo que tiene  
se quita la lluvia  
el ser a la tierra  
negada, el agua  
de los flores, ano a  
Dios en todos sus  
formas. disfruto  
escupir, escribir,  
clocica, pintar  
Oleo, dibujar,  
y escribir, leer.  
He ganado peso  
pero me considero  
llimita, ano la  
excepciona escribir  
a mi esposa, me  
quita los chocolates  
de mi escritorio  
me desolaba que a  
veces no haya un Talla.  
ano contar las cosas  
del aire sabe mi cosa  
y me amo . . . .  
Leydi Varrayo .

Espero Meñido  
19 de abril  
2006.

## HOY ES MARTES

*Leydi Tamayo*

Las seis de la mañana. Ya entra un poco de luz. Me levanto despacio. Veo de reojo mis lápices y hojas en blanco que descansan sobre una pequeña mesa de madera, junto a la cama. Para acompañar mis primeros minutos del día, escondo la grabadora, la enciendo y escucho un disco de Massenet.

Me pongo mis zapatos y acomodo mi cama. Me visto para pasar lista, como todos los días, a las siete de la mañana.

Tengo que hacer, junto con mis compañeras, la talacha de los jardines. En el patio, esparcidas sobre el piso, hay envolturas de golosinas y envases de refrescos vacíos que dejaron las visitas del día anterior. Un olor seco, curiosamente antiséptico, impregna el aire. El polvo. El ruido. El humo de cigarrillos. Sentadas en las sucias bancas llenas de basura, donde juegan lotería, hay unas mujeres de ojos tristes envueltas de soledad y

abandono. Sus familias las han olvidado. En una atmósfera como ésta es fácil olvidarse del presente.

Hoy es martes. La maestra de literatura no vendrá. Tomo con auténtica codicia un libro de la sala de lectura donde hay cientos de ellos. Regreso a mi cuarto. Leo y espero la tarde. Intento concentrarme en la historia que quiero escribir.

Poseída de una extraña emoción, salgo de mi cuarto para explorar los pasillos del módulo. Mis pasos producen ecos metálicos. Veo la reja del patio cerrada y a través de ella, la luna llena. Sólo escucho la sinfonía de los grillos y los zumbidos del ventilador.

## **NO QUIERO...**

*Leydi Tamayo*

*A quien me vio aún siendo invisible*

Soy una mujer sencilla, morena, de ojos café oscuro que se ayudan con gafas progresivas. He ganado peso, pero no soy gorda. Me desagrada la falta de un espejo. Me apasionan los pasteles y dulces de chocolate. Acostumbro oír música clásica, teñir mi cabello y tener la luz apagada... Me gusta la ropa moderna, me disgusta no encontrar de mi talla. Adoro el color rosa, detesto vestir de negro. Quiero a mi familia, a Elías y viajar por el mundo. Quiero seguir pintando, seguir escribiendo... No perder la vista. No quiero ser gorda, no quiero hacer el ridículo. No quiero que prohíban los pasteles y dulces de chocolate. No quiero estar sola... No quiero ser olvidada.



# ***Otros relatos***



## **BON APPETIT**

*Zindy Abreu Barón*

Son las cinco de la mañana. Abres los ojos a la luz del día. Te das la vuelta entre las sábanas. Acaricias con nostalgia el lado izquierdo de tu cama, vacío. Tu amante en turno se esfumó de madrugada volando apresurado como murciélago blanco entre las sombras. Nadie se dio cuenta. Realmente no te importa. El sexo y los hombres jóvenes son tu obsesión.

Una voz exaltada llena tu cabeza y la habitación en la que vives. Intentas acallarla. Te concentras en el sonido de tu respiración, dentro y fuera, como te enseñaron. El agua fresca despeja tu mente.

Caminas al baño acompañada por esa voz que te levanta cada mañana. Abres la regadera, el agua caliente estimula tu piel. Jabonas tu vientre, tus caderas, tus grandes pechos. La espuma resbala hacia tus pies, burbujea en tu pubis. Frotas tu clítoris con el jabón que se derrite en tu mano. La voz te avisa que ya es tarde. Un cubetazo de agua

fría sacude tu cuerpo y lo empuja hacia la realidad.

Ya es hora de vestirse. Te pones un blusón de manta, aunque sabes que más tarde lo cambiarás por tu uniforme blanco. Tus deberes te esperan.

Son las siete en punto. Llevas casi seis años asignada a este hospital. No es común para una mujer como tú: madura, de piel aceitunada, y con esa cara de muñeca de porcelana; podrías ser modelo, pero no. Aquí te sientes tranquila, como en casa. No era así antes, cuando el pachuco de tu marido, a golpes, te obligaba a trabajar en la calle. Tu vida cambió el día que descubriste que él fornicaba con tu hermana en tu cama. Te armaste de valor y lo abandonaste después de quitarle lo guapo con el filo de una botella rota.

Anochece. Caminas por los pasillos del hospital. Te diriges hacia el pabellón B. Revisas cuarto por cuarto. Conoces a casi todos los pacientes, excepto al recién ingresado, al que tu amiga Lorena diagnosticó esquizofrenia. Algunos duermen, otros deambulan con la mirada perdida. Pasan cerca de ti rozándote la piel.

Te detienes frente a una puerta. Giras la llave en la cerradura y entras. Observas a Frank, anda a gatas alrededor de la habitación. Busca sus piezas regadas por el suelo: un pie, una oreja, un ojo, algunos dedos. Voltea a verte. Te pide que le devuelvas sus piezas para

armar el rompecabezas de su cuerpo. El extraño escalofrío que recorre tu columna vertebral te impulsa a salir apresurada de la habitación.

Caminas por pasillos semioscuros. Te falta revisar el cuarto del paciente nuevo. Abres la puerta. Recorres con la mirada las paredes sin ventanas, blancas y forradas. Encuentras a un hombre parado en medio. Sus ojos negros se deslizan por tu cuerpo con descaro. Una ola de calor se agolpa en tus sienes. El bulto bajo su pantalón atrapa tu mirada. Sientes tu pulso acelerarse. Él pasa su lengua por sus labios, anticipa el sabor del croissant que envuelven tus bragas húmedas.

Escuchas unos pasos suaves por el pasillo acercarse a la habitación. Tú parpadeas con fuerza. Intentas controlar tu respiración. Ya es tarde. Los demonios que habitan tu mente despiertan encolerizados. Todo gira a tu alrededor como un remolino que te arrastra hacia sus brazos.

Caminas dos pasos. Te parece un desperdicio que un hombre con cara de niño se encuentre atado en una camisa de fuerza, como animal apresado.

-¿Tienes hambre?- preguntas ansiosa por escuchar su voz, mientras sueltas las amarras de su camisa de fuerza. Sus brazos caen a sus lados como alas de murciélago que se prepara para el banquete.

Escuchas una respiración que se confunde con la tuya al cruzar la puerta. Camina hacia ti. Te rodea. Frank arroja al hombre cara de niño aterrorizado hacia una esquina de la habitación. Se acerca a ti, te arranca la ropa. Tus pechos se balancean ante sus ojos. Sus manos amasan tu cuerpo. Sientes la presión de su pene endurecido en tu pubis. Te sientes atrapada bajo el peso abrumador de su cuerpo que te empuja hacia el suelo. Tus gritos se ahogan entre las paredes forradas.

Te agarra del pelo, inmovilizando tu cuello. Miras su boca hambrienta acercarse hacia tus labios. Sientes su lengua profanar tu boca. No puedes respirar. Golpeas su cuerpo con tus puños. Atrapa tu carne entre sus dientes. Da un tirón. Arqueas tu cuerpo impotente ante el dolor. Tus manos se agitan en el espacio. Sacudes tu cabeza aventando gotas de sangre que decoran la habitación. Observas un trozo de carne, músculo y venas molidos entre sus dientes, como carne a la bolognesa, que traga con placer. Es tu lengua.

Miras sus labios enrojecidos bajar hacia tus pechos. Repliegas los hombros. Quieres esconder tus senos tras tus huesos. Succiona tus pezones, los muerde. Tu sangre, como vino tinto, le ayudará a pasar el bocado de uvas exprimidas que paladea con su lengua pegajosa.

Con su rodilla abre tus piernas flácidas. Te penetra. Como una sanguijuela lame el rastro de sangre que escurre de tu boca. Se detiene en tu ojo izquierdo. Tu córnea descorchada cede. Escuchas el sonido de tu esfera blanca y gelatinosa pasear por su boca. Explota entre sus dientes, como escargot que deglute sin problemas.

Unos pasos apresurados se acercan por los pasillos. La puerta se abre de golpe. Doctoras y enfermeras entran alarmados a la habitación. Encuentran al paciente nuevo, acurrucado en una esquina, balanceándose de un lado a otro. Su mirada fija en ti.

Pegado al colchón de la pared, bañado con tu sangre y satisfecho, ven Frank. Ahora tiene en su poder las piezas que le hacían falta a su rompecabezas.

*\* Texto ganador del segundo lugar del Premio Nacional de Cuento José Revueltas 2005.*



## MARIPOSA QUE REVOLOTEA EN EL BRAZO

*Patricia Hernández Ortega*

Era más pobre que una rata, pero con una figura y cara distinta a las demás chicas del pequeño pueblo donde vivía. Conoció a un tipo que le ofreció ayudarla a cumplir su sueño. Ella quería ser actriz.

Con sólo dieciséis años llegó a Tijuana. No encontró la dirección que le habían dado y no podía regresar a su casa, su familia no aceptaba sus ideas. Avergonzada por su desventura, decidió quedarse en la gran ciudad.

Encontró trabajo en “El Kontiki”. Las luces de aquel antro eran tenues, pero dejaban apreciar el lugar. Las mesas repletas de hombres deseosos de ver bailar a la casi niña bailarina. El cuerpo de Charlotte se movía sensual al ritmo de la música.

En la televisión anunciaron que un productor buscaba dobles para una famosa estrella de cine que no volvería a trabajar. La dueña de la miserable casa donde Charlotte

vivía la alentó a participar, ella la ayudaría con la condición de que se hiciera pasar por su hija.

Llegan a la oficina del productor. Después de horas y horas de espera. La puerta se abre y el productor, atónito, la mira de arriba hacia abajo. Charlotte tiene miedo, siente que él la observa como si hubiese cometido un delito. El parecido con la actriz es asombroso: la estatura, el cuerpo, el rostro tan familiar y a la vez tan lejano, el candor y dulzura.

Ella firma el contrato junto con su “madre”, quien a partir de ahora será su representante. Ambas regresan ilusionadas a la casa de huéspedes.

Charlotte debuta como actriz y triunfa por su talento. Su “madre” aplaude emocionada.

El productor se sorprende al ver en su hombro izquierdo tatuada una mariposa. Charlotte palidece de nuevo. La fama llega como un torbellino. El productor le avisa que dará una entrevista a los medios. Tendrá que narrar la historia de cómo llegó a ser quien es ahora y tendrá que hablar de sus padres. Charlotte teme que su hermoso sueño se convierta en pesadilla.

Llega el día de la entrevista, su vestido es escotado y la mariposa en el brazo de Charlotte asoma con desfachatez, los flashazos comienzan a iluminar su figura, parece una pesadilla. Fotografían la mariposa. Nadie le

comentó que habrían tantas cámaras. “Es el pasado. No hacía realmente nada malo. Sólo bailaba”, se repite Charlotte constantemente, tratando de ocultar su tatuaje.

Maldita mariposa que aletea en mi brazo, nadie me reconocería si no estuviera ahí, se dice obsesivamente.

Entre luces, preguntas y aplausos, Charlotte escucha la voz enojada de la dueña de la casa. El televisor encendido. Se levanta del sofá. Es hora de arreglarse para ir al cabaret.

Maquilla su hombro tapando con brillo la mariposa. Hacía tiempo que no soñaba de esa manera.

Antes de salir escribe una carta.

Dirección:

Carlota Sosa Ramírez

Puerto Seyba, Tab.

Aquí, en la gran ciudad: Charlotte.



## EN MEDIO DE LA LLUVIA

*Yeni Esther Becerra Pérez*

Cuando oigo la lluvia golpear las ventanas, escucho sus gritos y no quiero, no quiero salir al lodo, pero es inútil. Sé que me llevarán. También veo sus ojos, esos ojos que dirigen la mirada hacia el campo donde pisaré el lodo, la tierra. Sus gritos se mezclan con la lluvia. Gozará la lluvia. Gozará caer bajo de ella y yo, en medio del agua sucia, en medio de charcos de lodo. Me pasará a ahogar.

Ya otras veces he visto cientos de pequeños ojos, otros ojos, otros dedos iguales a mí en la lluvia. Todos enlodados. Y yo la miro con desprecio, con coraje, y hasta con amor, ya que después el baño será delicioso. Nos bañará cuidadosamente para no lastimarnos, para limpiarnos completamente. Calentará el agua que chillará, chillará mientras hierve, y yo chillaré por el baño de agua fresca.



## EL MAR

*Anónimo*

Cada noche el ritual se repetía. Cuando el mar llegaba a la playa, ella se quitaba los zapatos, remojaba los pies en el agua y se sentaba a escuchar el murmullo de las olas. Los peces, pulpos y caracoles, junto con las algas y las estrellas de mar, parecían esperarla, como si le organizaran una fiesta.

Esa noche, la brisa estaba muy fuerte. La arena, como piquetitos de miles de agujas, golpeaba su piel. Sintió algo extraño, algo diferente. Alzó la vista, vio una luz en el cielo que caía hacia el mar. Parte del océano se iluminó.

No se dio cuenta que sus pies remojados en el agua ya no existían. En su lugar, una cola con escamas. Su cabellera creció. Sus pechos emergieron desnudos.

Su deseo se había cumplido. Ahora pertenecía al mar.



## **SUEÑOS DE LIBERTAD**

*Zindy Abreu Barón*

Son las diez de la noche. El herrumbroso candado se cierra sujetando mi cuerpo a la cama, divago entre el techo blanco lleno de telarañas y tu recuerdo. Un iguanillo perla, transparente, se desliza desafiando la ley de la gravedad ¿Cómo, madre, le harán para quedarse pegados al techo? Sus ojillos negros me miran y emite su sonido carcajeante, se burla de mis ganas.

Una hora más, un día menos. Mi cuerpo acalorado se pega a las sábanas. No llega el sueño ¿Dónde estarás? Deberías estar aquí en medio de esta humedad.

Cierro los ojos. Las sábanas se incendian. Las llamas alcanzan al iguanillo burlón que se retuerce carbonizándose. Sonrío. Abro los ojos. Todo sigue igual. Sueño, sueño. No llega el maldito sueño. Mejor otro cigarro.

Cierro los ojos. Corro desbocado por las praderas. Levanto polvo y piedras con mis cascos. Las crines se agitan con el viento. Mis

músculos se tensan. Subo la montaña, resoplo por el esfuerzo. Las piedras desgarradas ruedan montaña abajo. Al fin llego a la cima. Detengo de golpe mi carrera. Estoy al borde del abismo.

Abro los ojos. Miro alrededor. Las mismas cuatro paredes ostión. Un pedazo de luna, el candado y una sola cruz en la pared vacía. Sueño, sueño. No llega el sueño.

Cierro los ojos. Mi cuerpo, apretado en un espacio reducido y oscuro, flota en un líquido viscoso. Estoy incómoda. Estiro un brazo, algo se rompe. Estiro mis entumidas patas. Escucho crujir el cascarón. Empujo la cabeza hacia fuera. Pedazos del cascarón caen. Bocanadas de aire entran por mi pico hacia mis pulmones. Logro salir. Agito mis alas. Emprendo el vuelo.

Abro los ojos. Todo sigue igual. El mismo techo blanco de hace seis años. El iguanillo pegado al techo serpentea su cola. Camina tras su presa, una araña. Está de cacería. Mientras yo, cactus en medio del desierto, espero. ¿Cumplirá la gravedad su cometido? ¿Presa y cazador caerán sobre mí? ¿Salir? ¿correr?

Cierro los ojos. Ahora soy pequeña, nerviosa, de larga cola, orejas redondas, patitas rápidas. Alzo mi cabeza, olfateo tu aroma. Acicalo mis bigotes con las patas antes de partir. Camino y me escurro bajo la puerta. Corro. Me pierdo en los rincones de la noche.

Atrás queda mi cuerpo encarcelado, el  
iguanillo y su presa. Sueño, sueño ¿Para qué  
dormir?



**ALUMNAS DEL TALLER DE ESCRITURA FEMENINA  
CERESO DE MÉRIDA, 2006**

**Carmen Gómez Lavín**

Nació en Torreón, Coahuila. Profesora de Instrucción Media Superior en Psicología por la Normal Superior de Gómez Palacio, Durango. Se desempeñó como Comandante de la Agencia Federal de Investigación. Participa en el Taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida. Ha publicado relatos en las secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense

**Francisca Escalante Solís**

Nació en Mérida, Yucatán. Ingeniera Agrónoma en Desarrollo Rural, cuenta con la especialidad en Cálculo Diferencial. Ha cursado diplomados de Física, Química y Biología. Se ha desempeñado como Asistente de Dirección en el Corporativo EMAN. Alumna del Taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida. Ha publicado relatos en las

secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense

**Isabel Cristina Manzanilla Sánchez**

Nació en Mérida Yucatán, contorsionista de circo, ha desempeñado diversos empleos. Jugadora de básquetbol. Alumna del Taller de Escritura Femenina. Ha publicado relatos en las secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense

**Josefa Gual Díaz**

**Nació en Mérida**, Yucatán. Secretaria Ejecutiva. Ha cursado diplomados en literatura y crítica literaria, así como en periodismo, protocolo y literatura, talleres de poesía con Gloria Gervitz, Víctor Manuel Mendiola, Oscar Muñoz y Francisco Lope Ávila. Forma parte de la primera generación de la Escuela de Escritores Zedik. Publicó su cuento Cuando te hablen de amor en el libro Calacas el Hombre que puso a la Muerte en paz (Zedik Ediciones, 2004). Participa en el Taller de Escritura Femenina. Ha publicado relatos en las secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense

### **Leidy Tamayo**

Nació en Mérida, Yucatán en septiembre de 1950. Contadora privada, se ha desempeñado como agente de ventas. Dibuja y pinta al óleo. Colaboradora de la Sala de Lectura Zedík y es alumna del Taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida. Ha publicado relatos en las secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense

### **Patricia Hernández Ortega**

Nació en Ciudad del Carmen, Campeche. Se desempeña como sexo servidora. Participa en el Taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida. Ha publicado relatos en las secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense

### **Rebeca Montañez Ávila**

Se matriculó hace tres años en la Escuela de Escritores Zedík en la ciudad de Mérida. A la fecha ha publicado un par de plaquettes colectivos de relatos breves y algunos relatos en las secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense. Prepara la publicación del que será su primer libro de cuentos. Prefiere que la consideren simplemente narradora y de momento no le interesa ostentar ningún otro título.

### **Yeni Esther Becerra Pérez**

Nació en Mérida, Yucatán. Participó en el Taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida.

### **Zindy Abreu Barón**

Nació en Mérida, Yucatán. Recibió el segundo lugar en el Concurso Nacional de Cuento José Revueltas 2005, que convocó la secretaría de Seguridad Pública y CONACULTA, por su cuento Bon Apétit. Estudió su educación primaria y secundaria en el Colegio Americano y el bachillerato en la Preparatoria No. 1 de la Universidad Autónoma de Yucatán. Es traductora, pinta al óleo, compone canciones y dirige obras de teatro entre sus compañeras. Es instructora de alfabetización e inglés entre las internas y participa en el Taller de Escritura Femenina en el Cereso de Mérida. Ha publicado relatos en las secciones culturales de los periódicos Tribuna Yucatán y El Quintanarroense

# ***Imágenes***





*Cereso de Mérida, según Patricia Hernández*



*Verónica García, Zindy Abreu, Carmen Gómez, Rebeca Montañez, Francisca Escalante, Josefa Gual, Leidy Tamayo y Patricia Hernández*



*Alumnas del Taller de Escritura Femenina y participantes de la Sala de Lectura Zedík con Elena Poniatowska y la Dra. Sara Poot*



*Integrante de la Sala de Lectura Zedík*



*Sesión del Taller de Escritura Femenina en la sala de usos múltiples del Cereso de Mérida*







## ÍNDICE

	<i>págs.</i>
LEER PARA ESCRIBIR; ESCRIBIR PARA LEERLAS SARA POOT HERRERA	11
PRESENTACIÓN VERÓNICA GARCÍA RODRÍGUEZ	21
DEFINICIÓN ZINDY ABREU BARÓN	29
LO QUE NO SABES DE MÍ ZINDY ABREU BARÓN	31
A MI QUERIDA HIJA LITZIE FRANCISCA ESCALANTE SOLÍS	39
CARMEN CARMEN GÓMEZ LAVÍN	45
RISAS Y VOCES PATRICIA HERNÁNDEZ ORTEGA	49
MATERNIDADES REBECA MONTAÑEZ ÁVILA	53

	<i>págs.</i>
EL GRAN PAYASO BELLINI ISABEL CRISTINA MANZANILLA SÁNCHEZ	59
ANTES DE NAVIDAD JOSEFA GUAL DÍAZ	65
HOY ES MARTES LEYDÍ TAMAYO	69
NO QUIERO... LEYDÍ TAMAYO	71
 <b>OTROS RELATOS</b>	
BON APPETIT ZINDY ABREU BARÓN	75
MARIPOSA QUE REVOLOTEA EN EL BRAZO PATRICIA HERNÁNDEZ ORTEGA	81
EN MEDIO DE LA LLUVIA YENI ESTHER BECERRA PÉREZ	85
EL MAR ANÓNIMO	87
SUEÑOS DE LIBERTAD ZINDY ABREU BARÓN	89
ALUMNAS DEL TALLER DE ESCRITURA FEMENINA CERESO DE MÉRIDA, 2006	93
<b>IMÁGENES</b>	97



*Este libro se terminó de imprimir en*